

la obra: liviana como un juego, amena como un relato novelesco, poética como que el hombre distiende sus emociones desvanecidas por la lejanía. Maneja las figuras e imágenes como un diestro jugador de diábolo, ágilmente. Y la nota filosófica la da con un tinte escéptico de hombre sentimentalmente vivido: «Pronto supimos que la felicidad no era más que una palabra vana inventada por los hombres que tienen miedo de vivir y la tristeza una agua turbia en que se sumergen los que no saben soñar». (Pág. 9).

Libro simpático éste, que se lee sin el menor esfuerzo, que nos hace soñar en nuestra propia infancia y que tiene la virtud de no arrugar el ceño, porque lo trascendental y grave están proscritos de esta incursión sentimental a través de una infancia acaso más imaginada que vivida.—MILTON ROSSEL.



SANGRE DE MESTIZOS, por *Augusto Céspedes*.—Editorial Nacimiento.

En un folleto de propaganda escolar, acabamos de leer la siguiente leyenda: «Luchar en la escuela por la infancia es tan heroico y meritorio, como luchar en el campo de batalla». Hacen pensar estas palabras. ¿Por qué ese afán de inculcar desde que el hombre tiene uso de razón, la idea de que una de las más grandes heroicidades consiste en arriesgar la vida en el campo de batalla? ¿No sería mejor que esa comparación, se hiciera con algo más noble y generoso? ¿Más grande y constructivo? ¿No hay en las innumerables actividades de la paz ejemplos más hermosos que infundan en el alma del niño un anhelo que tenga un sentido más fraterno y humanitario?

La guerra, esa terrible locura colectiva, el peor azote de la humanidad, en que el hombre mata al hombre, friamente, es tal vez el único signo de barbarie que ni la civilización, ni el pro-

greso han podido arrancar del corazón humano. Teóricamente se la combate en el ensayo, en el artículo de propaganda más o menos interesado, y en la política misma, pero en el fondo, se sigue cultivando en el espíritu de los pueblos el fermento bélico, el amor propio colectivo, la prevención racial y un sinnúmero de factores que va guardando el subconsciente y que estalla en un momento dado como la dinamita en una circunstancia determinada. Y ¡ay! del que diga lo contrario en el momento de la exaltación, en el momento de la enajenación total, porque ese será declarado enemigo de la patria y aplastado por el desprecio de quienes creen que sólo con la metralla se puede defender el honor y la integridad de un país.

Pero tal vez es ingenuo hacer así, a la ligera, consideraciones sobre una materia de la cual se podría escribir una biblioteca entera. Y más, cuando se alberga en el pecho la triste convicción de que la guerra ha de ser una desgracia que fatalmente azotará a la humanidad. Lo desconsolador es que se produzca en América, en donde debido a la escasez de la población, ella significa un descomunal paso atrás en el camino hacia el progreso. Una catástrofe que significa un verdadero crimen en contra de las ilimitadas posibilidades que se ofrecen a las jóvenes nacionalidades de nuestro continente en el camino de la paz.

El libro de Céspedes, como muy bien dice Mariano Latorre en el prólogo, no es un libro de ideas, sino que un documento vivo en el cual palpita toda la tremenda y feroz realidad de la guerra. No estamos de acuerdo con el prologuista que cree que «Sangre de Mestizos» no es un libro literario, pues si por literatura se entiende el conocimiento de ciertas reglas y fórmulas que unidas a la inspiración, dan calidad a un relato, alejándolo de la narración vulgar; hay en este libro de Céspedes elementos artísticos de primer orden, que lo elevan a la categoría de una obra literaria con todos los méritos suficientes, para darle el título de tal. En Céspedes, hay ya un escritor formado que sabe sacar el mejor partido de la substancia del relato, revistiéndolo

de ese ropaje ingrávido que brota de la sensibilidad para plasmarse en una concreción de arte. La técnica, o sea la manera de construir, me ha parecido siempre que no es nada más que una cuestión de instinto que guía al hombre que posee un alma de verdadero escritor. A mí, por ejemplo, no me gusta en absoluto, la forma como Céspedes construyó su relato «La Coronela», con esa especie de diálogo entre el autor y el testigo, que al principio le da al cuento algo como de investigación policial. Afortunadamente el autor insiste sólo en un principio en esa manera, pues en seguida el relato se libra de ese cerco sin objeto y entonces atrae y coge por completo al lector, con todo el encanto de su contenido, rico en dramatismo y en aspectos emocionales y psicológicos que muestran aspectos interesantísimos de la miserable condición humana. Me parece que acierta plenamente, en la forma de contarnos «El Pozo» en gruesos goterones de emoción, que nos llevan por angustiantes encrucijadas de pesadilla e insufrible ansiedad.

Lo que más llama la atención en estos relatos de Céspedes, es la importancia que le da al elemento humano, mostrándonos muy de cerca su vida, su intimidad cruel, rodeada por el clima bestial de la guerra. Su oído finísimo recoge con singular acierto la manera de expresarse del «repete», esos indios con alma de niños salvajes, a quienes el espectáculo de la batalla diaria, hace vivir en un estado de doloroso asombro.

Céspedes mantiene a lo largo de todo su libro, una actitud elevada de artista puro. No hay en él, odio, ni ciega pasión en contra del enemigo. Cuenta únicamente, pero de sus relatos surge con caracteres tan trágicos, la crueldad del hombre que persigue al hombre como una bestia dañina, que en el corazón del lector horrorizado, hay una especie de rebelión implacable para condenar algunos actos que son de fiera, y no de seres humanos en los cuales alienta un alma superior. Confieso que en el relato «Seis muertos en campaña» sentí odio contra los paraguayos, repulsión. Una mezcla de rencor y repugnancia. Y no es que



Céspedes diga nada en contra de ellos. Cuenta únicamente el calvario de unos prisioneros «bolis» en poder de unos soldados «pilas». Probablemente ocurra lo mismo si el caso se produjera a la inversa, en el ánimo del lector, que ya alejado de la influencia del relato recobra su corazón de americano, y sólo siente un deseo: de que estos libros se propaguen, se divulguen lo más posible, a fin de que ese terrible jinete del Apocalipsis, no vuelva a lanzar su terrible bestia a través del suelo de América.

De la lectura del libro de Céspedes, nace un fervor infinito hacia la paz en el alma de quien se sature del contenido de sus páginas. El ha hecho aquí en América lo que hicieran Remarque, Glaesser, Barbusse y otros en Europa. Desgraciadamente el fantasma sigue asomando su silueta sombría y pavorosa, en todos los rincones del mundo.—LUIS DURAND.



LA HUERTA SIMBÓLICA.—TRES ENSAYOS DE DIVULGACIÓN, por *Guillermo Rojas Carrasco*.—Cultura.

Entendemos que éstos son los primeros libros que publica don Guillermo Rojas Carrasco, maestro de segunda enseñanza y rector de un Liceo de provincia, según creemos. Años atrás, en una revista de esta ciudad mantuvo una sección de crónica bibliográfica y mucho después en un diario vespertino, también comentaba libros nacionales. Ahora, ha preferido hacerlos.

*La Huerta Simbólica* es llamada por su autor «prosas líricas». Pero el lirismo, si hemos de ser sinceros, no introduce su encendida presencia o su riego germinativo en el espacio que esta ocupa. Al contrario, lo pedestre excursiona y habita su dimensión opaca con segura y abundante continuidad, demostrando el señor Rojas Carrasco una estricta incapacidad para el género lírico; cuando intenta orillararlo, lo que acontece raramente, si hablamos de acuerdo con lo que vemos en este libro, cae de ma-